

El mito de la nación católica

La presencia de Francisco en el Vaticano reactivó en la Argentina una idea con raíces históricas: el pueblo soberano es el pueblo de Dios y el peronismo es su único vocero legítimo

Loris Zanatta PARA LA NACION | DOMINGO 12 DE JUNIO DE 2016



Ilustración: Alejandro Agdamus.

Un fantasma se pasea por Argentina: es el mito de la nación católica. Un mito que ha impregnado su historia, que se basa en un par de bisagras y tiene algunas consecuencias. Las bisagras: una es la idea de que el pueblo de Dios de los cristianos coincide con el pueblo soberano de la Constitución; la otra es que las leyes y el orden social son legítimas si reflejan la voluntad de Dios, de la que el pueblo encarnado por el peronismo es el custodio. Las consecuencias: el mito impone serias limitaciones a la autonomía de la política con respecto a la religión; las instituciones republicanas están expuestas al chantaje de los que apelan a ese mito para cuestionar su legitimidad; la competencia política e ideal tiende a desembocar en una guerra religiosa: la legitimidad reside en ese pueblo mítico y los otros son enemigos. De ahí la

MIRÁ EL PROGRAMA

triunfado: en su base hay una laicidad frustrada, una secularización abortada.

En realidad, ese mito nunca desapareció. Pero la elección de un papa argentino la ha reavivado. No sólo por voluntad de Francisco. Ese mito impregna tan a fondo la sociedad argentina que desde que Bergoglio se convirtió en papa, es como si una fuente de autoridad y legitimidad superior a la de las instituciones republicanas gravitara sobre ellas.

Esto se deduce de la forma en que las autoridades argentinas buscan eludir tensiones con Roma; y aún más de las febriles peregrinaciones a Santa Marta de infinidad de políticos y otras personalidades argentinas en busca de visibilidad y bendición, que tanto recuerdan las peregrinaciones de antaño a Puerta de Hierro. En Italia tuvimos papa en abundancia, por lo que nuestra experiencia puede servir para entender. No porque el italiano sea un caso virtuoso: la influencia del Vaticano sobre la vida italiana durante mucho tiempo ha sido sofocante. Sin embargo, esa misma influencia se vio obstaculizada por dos factores ausentes en la Argentina: la existencia de un partido de inspiración católica que actuó como un filtro saludable entre la Iglesia y el orden constitucional; la clara separación entre la política y la religión que se había afirmado desde el nacimiento de la nación. El fascismo las había vuelto a reunir, pero afortunadamente cayó; el peronismo ha hecho lo mismo, pero está vivo y con él, el mito de la nación católica.

Para entender lo que esto significa es suficiente mirar el ritual del Te Deum en las fechas patrias: la autoridad elegida por el pueblo se postra ante la autoridad religiosa que en sus homilias, amplificadas a desmesura por todos los medios, emite su sentencia midiendo el grado de adhesión de los representantes del pueblo a lo que la Iglesia piensa debería ser una nación católica. Es la humillación de la soberanía popular, de la autonomía política, del principio de laicidad. Es curioso que el Papa, que entrevistado por La Croix ha reclamado una "sana laicidad" en Francia para que todo el mundo sea libre de exhibir símbolos religiosos, no vea violado ese mismo principio en su país.

El mito de la nación católica está en la mente de gran parte de la clase dirigente, aun antes de estar en la del Papa. Pero Francisco le añade mucho de su creación. Es cierto que el provincialismo induce a menudo a muchos argentinos a juzgar a Francisco olvidando que es un papa. Pero él mismo parece olvidar que no es un simple pastor

pequeñas o grandes figuras de la escena argentina. ¿Será que al ser un hombre de diálogo no se niega a nadie? O lejos de dejarse manipular, ¿sabe el Papa que así se reafirma la tutoría moral de la Iglesia sobre la sociedad argentina?

La religión de la nación

Al pensar mal se comete pecado, pero a menudo se adivina. Tomemos la audiencia a Hebe de Bonafini. En los ojos del mundo, por supuesto, ella seguirá siendo siempre la madre heroica que desafió a la dictadura, por lo tanto, reunirse con ella fue popular frente a la opinión pública mundial. Pero muchos argentinos piensan, con razón, que como símbolo de los derechos humanos no es creíble: los ha transformado en un negocio faccioso y de honestidad dudosa, los utilizó como un arma política contra toda disidencia, cantó alabanzas a los gobiernos más autoritarios del mundo. Por último, dio la bienvenida al nuevo gobierno entonando una cadena de insultos: lo considera ilegítimo, la egoísta encarnación de una oligarquía que vive de espaldas al pueblo.

Es libre de pensarlo. Pero hay un problema: guste o no, es el gobierno elegido por los argentinos. A pesar de todo ello, el Papa la recibió con alegría, en signo de reconciliación, dijo. Reconciliación entre ellos, tal vez, y nadie más. El hecho es que cuando el Papa habla o actúa, produce efectos que van más allá de lo que dice o hace. Precisamente por eso la diplomacia del Vaticano es famosa por su prudencia. O más bien era famosa por eso, ya que Francisco le pasó por encima con tal de recibir a Hebe que, aprovechando el escenario en Mundovisión que el Papa le había preparado, cargó como un bisonte contra el gobierno de su país.

Al actuar de ese modo, Francisco es coherente con lo que Bergoglio ha cultivado siempre: el mito de la nación católica. Es lo que va predicando desde los días en que era el provincial de los jesuitas. El pueblo, decía ya entonces, es el guardián de los valores del Evangelio, valores en que se sustenta la identidad nacional; el "ser argentino", como se solía decir. Y el pueblo, entendido como el pueblo de Dios, era peronista, lo que hacía que el peronismo no fuera igual a los otros partidos, sino una especie de religión de la nación. De ahí la preferencia explícita de Bergoglio por los movimientos nacionales y populares. Y su intolerancia a la clase media, para él una clase colonial ajena a la argentinidad, cosmopolita y secularizada. La clase media votaba, era pueblo soberano de acuerdo con la Constitución, pero no era el pueblo de Dios. De hecho, tenía los

tradición de la Ilustración.

Ahora que con Macri en el gobierno algunos piensan que esa tradición y esa clase han alcanzado la mayoría electoral, Bergoglio deja traslucir su malestar evidente sobre la fractura que se ha abierto entre el pueblo soberano y el pueblo de Dios. Pero es una fractura fisiológica. El pueblo soberano de las elecciones no es el mismo que el pueblo de Dios: no lo es físicamente, ya que muchos votantes no son miembros de la Iglesia, y no lo es conceptualmente, dado que la fe no prescribe opciones políticas específicas. Entiendo a los que atribuyen al Papa loables intenciones de paz y reconciliación. Pero volviendo al caso de Hebe de Bonafini, ¿esa audiencia favoreció la reconciliación de los argentinos? No creo. Para la democracia argentina, quizá sería mejor que, en vez de pretender unir a toda costa lo que divide, el Papa invitara a todos a reconocerse mutuamente legitimidad en pie de igualdad, sin dar o sacar a nadie su aval.

A contracorriente

Por otra parte, ya ha ocurrido en el pasado. En la Iglesia argentina, en efecto, siempre ha habido una corriente que vio en el mito de la nación católica un peligro para la democracia y para la misma Iglesia. Vale la pena recordarlo ahora que con las alas del Papa el mito vuelve a volar muy alto. El Evangelio, señaló monseñor Zazpe en plena dictadura, fue demasiado a menudo usado para legitimarse y para deslegitimar al otro: era urgente separar César y Dios y restaurar el Estado de derecho. Otros obispos vieron en la pretensión de subordinar el individuo al todo, implícita en la noción de pueblo cultivada por el mito de la nación católica, el camino hacia el totalitarismo. Retornar a la democracia, por lo tanto, para muchos significó en 1983 también separar la política de la religión, el ciudadano del fiel, el pueblo soberano del pueblo de Dios; separación que significaba establecer una autonomía mutua saludable para ambas. Desde entonces, sin embargo, de esa separación se ha casi perdido la huella.

Pero, al menos, el Papa recuerda a los pobres, objetan muchos. ¿Cómo no darles la razón? Con sólo decirlo ya se han puesto del lado correcto de la historia, del lado de la superioridad moral, de donde se suele pintar a todos los demás como monstruos insensibles al sufrimiento humano. Pero el hecho de preocuparse por los pobres no es ninguna garantía de ser realmente útiles para combatir la pobreza. El mito de la nación católica, con toda su retórica acerca de los pobres, tiene muchas responsabilidades en los altos índices de pobreza que aquejan a la Argentina.

Para el mito y para el Papa, el capitalismo es pecaminoso en sí mismo. Al leer la Laudato Sii uno siente olor a azufre. Sin embargo, el capitalismo no es una entidad metafísica como cree Francisco, sino un fenómeno histórico cambiante, que puede dar resultados buenos o malos según cómo se lo gobierne. Demonizarlo es inútil, además de masoquista. ¿El capitalismo es feo, sucio y malo? No hay duda. Pero además de serlo menos que las alternativas conocidas, es la vía más eficaz para aumentar la prosperidad, sin la cual no se ve cómo se podrá eliminar la pobreza.

Y aquí está el drama eterno de los gobiernos argentinos, ninguno excluido: llegados al poder, tratan de implementar las políticas económicas que consideran más adecuadas para el desarrollo del país, con el mandato del pueblo soberano que los ha votado. Pero la Iglesia y los que se oponen invocarán desde el primer momento al pueblo de Dios con el fin de introducir medidas que, a pesar de tener las mejores intenciones, limitan la autonomía y distorsionan los planes de las autoridades políticas. No tienen recetas eficaces, pero sí un gran poder de veto en el nombre de la nación católica.

Es evidente que el Papa odia todo lo que huele a mercado, a dinero. Pero la gente que trabaja sabe muy bien que el dinero no es Dios, pero tampoco es el diablo. Si de verdad, como Francisco suele decir, la realidad es superior a las ideas, no debería haberse escapado que demonizar el mercado y apostar a modelos económicos basados en un exceso de asistencia social y subvenciones termina obstaculizando el gran escape de la pobreza estudiado por Angus Deaton. Sería suficiente un simple vistazo al abismo que separa la economía abierta chilena, aun con todos sus defectos, de la tragedia venezolana, resultado anunciado de veinte años de obtuso anticapitalismo.

Se entiende que el Gobierno trate de negar o suavizar los problemas con el Papa. Como historiador, sin embargo, observo que el mito de la nación católica está de vuelta y erosiona su independencia y su autoridad. ¿Exagero? Espero. Pero si la historia no fuera suficiente para demostrarlo, el caso Bonafini es un buen ejemplo: en su universo populista, el pueblo soberano de la Constitución está subordinado al pueblo peronista, entendido como pueblo de Dios. ¿Perdió la elección? No importa: sigue siendo el único con legítimo derecho a gobernar como encarnación de la identidad de la nación.

Papa no le diera implícito respaldo a través de todos sus actos. Tomó varios siglos y mucha sangre lograr una sana y prudente separación de la política y la religión. Incluso hoy vemos la resistencia violenta contra esa separación en muchas partes del mundo. La idea, por lo tanto, de que el pueblo del constitucionalismo liberal se transfigure en el pueblo del populismo, que la noción política de pueblo sucumba a la noción teológica del pueblo de Dios, suena como un tremendo paso atrás.

El autor es historiador especializado en América Latina y dirige la maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad de Bologna en Buenos Aires

LA NACION | Ideas | Pensamiento

Copyright 2016 SA LA NACION | Todos los derechos reservados